



Política
& Sociedad

Dos guerrillas, un país

DANIEL GARCÍA-PEÑA JARAMILLO, ex Alto Comisionado para la Paz
Docente del Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia

Una mirada comparada a los procesos de las Farc y el ELN muestra que sus doctrinas político-militares y formas de organización son distintas. Sin embargo, la historia las vuelve a reencontrar debido a que se hallan –en etapas distintas y con ritmos disímiles– inmersas en un proceso de paz.

A PESAR DE QUE LAS FARC y el ELN fueron fundadas en 1964, pareciera que esa es una de las pocas cosas que tuvieran en común. Algo obvio, pero a veces no dimensionado, es que las dos guerrillas son colombianas, productos de nuestras realidades y contradicciones. En efecto, tienen ancestros comunes: tanto Manuel Marulanda como Rafael Rangel fueron gaitanistas y tomaron las armas para defender sus vidas de la violencia oficial desatada contra el gaitanismo.

Pero por razones de geografía, ideología y composición (las Farc mayoritariamente campesina y el ELN fundado por estudiantes, obreros y curas) cada una se fue por un camino propio. De hecho, esta última es la única de las guerrillas principales sin cordón umbilical con las Farc, como sí lo tuvieron el M-19 y el EPL.

En los años ochenta, cuando las Farc, el M-19 y el EPL entablaron diálogos y firmaron los primeros acuerdos con el gobierno de Belisario Betancur, el ELN se opuso y conformó la Coordinadora Nacional Guerrillera para profundizar la lucha armada. Luego, en la medida en que se rompieron los diálogos, una por una se fueron sumando a lo que, con la llegada de las Farc, se rebautizó como la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, el único momento en la larga historia del conflicto armado colombiano en el que todas las insurgencias estuvieron unificadas.

Con la firma de acuerdos por parte del M-19 y la gran mayoría del EPL, la Coordinadora prácticamente

quedó reducida a las Farc y el ELN, un matrimonio que duró seis años, y gracias a él, el ELN se sentó por primera vez en una mesa de negociación con el Gobierno –de la mano de las Farc–, en Caracas y Tlaxcala, pero no terminó bien.

Tras la disolución de la Coordinadora siguieron años de tensiones entre las dos guerrillas, e incluso enfrentamientos armados en algunas regiones. Durante el proceso del Caguán se agudizaron las rivalidades: el ELN se sintió excluido y acudió a los secuestros masivos para presionar también por una zona de despeje, lo cual nunca se logró.

AGENDAS DISTINTAS

Cuando la presidencia de Juan Manuel Santos inició el proceso con las Farc, las distancias con el ELN se hicieron evidentes. El Gobierno ha sostenido que las puertas siempre estuvieron abiertas y efectivamente propició el encuentro entre Gabino y Timochenko en La Habana en julio de 2014. Por su parte, el ELN denunciaba la reticencia del Gobierno de aceptar un modelo de diálogo con rasgos propios; lo cierto es que mientras la etapa exploratoria con las Farc fue de seis meses, la del ELN duró 26.

El Acuerdo de Diálogos para la Paz entre el Gobierno y el ELN firmado en marzo de 2016, que establece las bases para la fase pública de la negociación, no hace alusión alguna al proceso con las Farc. Aunque hay coincidencias y temas comunes, en esencia se trata de dos agendas distintas.

El principal diferenciador del diálogo con el ELN lo constituye el papel central que se le otorga a la participación de la sociedad. Si bien el proceso con las Farc contó con múltiples foros –organizados por la Universidad Nacional de Colombia y Naciones Unidas– sobre los diferentes temas de la agenda, que sirvieron como insumos para la mesa en La Habana, la agenda con el ELN prácticamente delega a la sociedad la definición de los temas mismos, en particular en lo que se denomina “democracia para la paz” y “transformaciones para la paz”.

También los diferencian los tiempos. Mientras con el ELN apenas se ha concluido la primera ronda de la fase pública de negociación, el proceso con las Farc se encuentra en la etapa de implementación. Infortunadamente, por múltiples razones, esta se ha visto atravesada por demoras y dificultades que

reflejan las complejidades e ineficiencias de la administración pública colombiana. A la vez, el país ha sido testigo de la solidez de las Farc en su decisión de seguir adelante con lo acordado. Lo cierto es que la efectividad de la implementación determinará si servirá como un aliciente para el ELN, o no.

TRABAJO ADELANTADO

Los tiempos también son otros a nivel internacional. Cuando se inició el proceso con las Farc, Obama gobernaba en Estados Unidos, Chávez en Venezuela, Dilma Rousseff en Brasil y Cristina Fernández en Argentina; hoy esos países están bajo el mandato de Donald Trump, Nicolás Maduro, Michel Temer y Mauricio Macri.

Independientemente de los contrastes, lo cierto es que son muchos los puentes que existen entre los procesos de las Farc y el ELN. Los avances logrados en La Habana son trabajo adelantado para Quito. En materias como la Justicia Especial de Paz, la Comisión de la Verdad y todo lo relacionado con víctimas, no es realista pensar que se pueda partir de cero.

La participación, tan importante para el ELN, es transversal a casi todo el acuerdo con las Farc, que establece un número significativo de instancias y facultades conferidas a las comunidades, aún solo en el papel, pero que constituyen oportunidades fértiles por desarrollar. El actual proceso de cese al fuego y dejación de armas, con verificación de la ONU, debe servir como referente, pero con las adecuaciones requeridas para una forma de organización de otra naturaleza.

El comunicado conjunto del Gobierno y el ELN al finalizar la primera ronda es positivo, en primer lugar, porque ratifica la decisión de continuar, y en segundo, porque define el desminado humanitario como paso inicial en materia de DIH. Pero quizás lo más significativo en términos políticos fue la presencia destacada en la foto, al lado de Juan Camilo Restrepo y Pablo Beltrán, de Pastor Alape y Carlos Antonio Lozada de las Farc, lo cual manda un mensaje muy poderoso de “dos mesas, un proceso”. Antes, desde el mundo del camilismo se escuchaban muchas descalificaciones a los acuerdos de La Habana; desde el inicio de los diálogos de Quito, las asperezas se han mermado.

Más allá de las palabras, las acciones son contundentes. El ataque a los oleoductos en la actualidad es aún más condenable que el propio secuestro, deplorable de por sí, dada la conciencia ambiental que existe en la sociedad, en especial para los jóvenes. Hasta ahora el proceso en Quito es marginal para la opinión pública, y acciones como estas alejan a la sociedad.

Una cosa que comparten las Farc y el ELN es el país con el que se reencuentran: profundamente polarizado, en medio de una honda crisis de la política, con la legitimidad de las instituciones por el suelo debido a la corrupción, y que enfrenta una coyuntura electoral crucial pero incierta para 2018.

La realización, el pasado 10 de mayo, de una reunión entre el ELN y las Farc en La Habana, es una excelente oportunidad para que las dos empiecen a ponerle carne y hueso a la “paz completa”, dejen de pensarse a sí mismas por aparte y actúen como partes de un mismo proceso en un mismo país.



FOTO: archivo Unimedios